

CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación
Instituto Teológico de Murcia O.F.M.
Universidad de Murcia

Volumen XX
Enero-Diciembre 2004
Números 37-38

SUMARIO

ESTUDIOS

Stefano Cecchin

Texto y contexto de la Definición dogmática de la Inmaculada

Concepción 1-34

Elena Conde Guerri

Los sentidos salvíficos: María como oyente en las fuentes patrísticas de los primeros siglos

35-56

Antonio Gómez Cobo

La Virgen María en Leandro de Sevilla 57-108

Sebastián López

La principalidad de la Virgen en la experiencia cristiana de Francisco

109-132

Luis Pérez Simón

“O beata Maria, quae es habitatio Ecclesiae” 133-162

Guzmán Manzano

El Primado de Cristo y la Inmaculada 163-184

Rogelio García Mateo

La cooperación salvífica de María en la espiritualidad de Ignacio de Loyola

185-204

Francisco Henares Díaz

«Scriptura, ancilla theologiae» en la predicación immaculista del Siglo de Oro. Fray Diego Murillo, OFM.

205-230

Pedro Riquelme Oliva

Luis Godínez OFM, teólogo murciano, en la corte real, al servicio de la Inmaculada en el siglo XIX

231-264



Francisco J. Gómez Ortín <i>Un poema inmaculista del P. Gascón en la Murcia del XVIII</i>	265-274
Francisco Martínez Fresneda <i>María propiedad de Dios</i>	275-304
José Luis Parada Navas <i>María, mujer fuerte. Perspectiva antropológico moral</i>	305-332
José Antonio Merino <i>Reflexión antropológica sobre la Anunciación</i>	333-342
Rafael Sanz Valdivieso <i>Crear y pensar en los Padres de la Iglesia</i>	343-374

NOTAS Y COMENTARIOS

Pedro Ruiz Verdú <i>Trinidad y arte. XXXIX Simposio de Teología Trinitaria</i>	375-384
Francisco J. Gómez Ortín <i>El San Francisco del Teológico</i>	385-394
Miguel A. Escribano Arráez <i>Pedro de Fátima Martínez Sastre OFM</i>	395-397
BIBLIOGRAFÍA	399
LIBROS RECIBIDOS	453
ÍNDICES	461

REFLEXIÓN ANTROPOLÓGICA SOBRE LA ANUNCIACIÓN

JOSÉ ANTONIO MERINO

Si el afrontar problemas humanos ya es arriesgado, el intentar clarificar y esclarecer la densidad y el contenido de personajes excepcionales es casi provocador aunque resulte sumamente sugestivo. Pero, cuando se trata de comprender la figura de Jesucristo y de María, le embarga a uno el sentimiento de la total desproporción y radical incapacidad para des-velar lo que el mismo lenguaje no logra y las herramientas mentales del escritor resultan desproporcionadas o, tal vez, traicioneras. Por consiguiente, todo intento clarificador en este sentido es simplemente eso: un intentar en el temor y en el temblor con el convencimiento de no alcanzar más que una tenue penumbra claroscuro.

Para descubrir la esencia de la realidad humana, el sentido de la vida y los valores más profundos del ser y del estar en el mundo nos sirve y aclara más el comportamiento existencial de personajes-tipo que las especulaciones y axiomas racionales de los sistemas filosóficos, que no hacen otra cosa que elevar a categorías conceptuales el mismo vivir cotidiano. El lenguaje es mediación, pero el gesto es intuición. La persona humana más que pensamiento es acción. Y toda acción como todo gesto significativo, que también son lenguaje, anidan una filosofía implícita o unos presupuestos operativos que condicionan y orientan el comportamiento humano y la visión del mundo y de la vida.

Con no poca ironía y atinado acierto decía Pascal en uno de sus Pensamientos: «No se imagina uno a Platón y a Aristóteles más que con grandes togas de parlantes. Eran personas atentas y, como los demás, reían con sus amigos; y cuando se han distraído escribiendo sus *Leyes* y su *Política* lo

han hecho como jugando; era ésa la parte menos filosófica y menos seria de su vida: la más filosófica era vivir sencilla y tranquilamente». Efectivamente, en la misma vida, y desde ella, es como podemos comprender y vislumbrar el mensaje válido de aquellas personas capaces de ofrecer actitudes y decisiones determinantes y emblemáticas.

Más que la proclamación de principios solemnes y convencionales nos convencen los gestos, las actitudes y reacciones ejemplares en la vida, en la sociedad y en el quehacer cotidiano. Una sociedad no es el templo de los valores-ídolos que se encuentran en los sistemas filosóficos-teológicos ni que figuran en los monumentos de las plazas, jardines y calles, sino que lo que en ella valen realmente son las relaciones humanas y la coherencia de los propósitos con los fines. Aquí no cuentan tanto las palabras cuanto los gestos, las actitudes y los comportamientos acompañados del silencio gestante, pues las mayores transformaciones de la sociedad siempre han sido precedidas de grandes silencios fecundos que han fecundado acciones significativas y decisivas.

Me he detenido en esta breve consideración filosófica, si es que se puede llamar así, porque entiendo que la narración evangélica de la Anunciación tiene un contenido humano y existencial que frecuentemente queda oscurecido por la luminosidad del misterio. Pero si la gracia no destruye la naturaleza, como dicen los teólogos, el misterio de ese encuentro prodigioso entre el ángel y María no debe oscurecer la naturaleza singular de ese mismo encuentro. Por eso intentaré hacer una breve reflexión antropológica de ese encuentro prodigioso entre lo divino y lo humano, entre lo Infinito y lo finito, entre la gracia y la naturaleza, que entra en el misterio de la existencia y en la paradoja y el estupor de la naturaleza humana.

El evangelista Lucas (Lc 1,26-38) describe el anuncio de la encarnación de Jesús con gran sencillez, sin sentimentalismos ni retórica, pero con un realismo magistral y esclarecedor. En el texto lucano se subraya la intervención de Dios en la historia humana con categorías concretas espacio (*a los seis meses*) - temporales (*una ciudad de Galilea*) y personalizando el nombre de la joven (*María*) de una casa concreta (*de David*). Es decir, la intervención del Dios, aquí presentado, no es el Dios lejano, distante, intemporal e impalpable, como aparece en otras religiones. El encuentro de Dios con el hombre se presencializa y se realiza con formas y gestos históricos y tangibles. Es la acción gratuita de la cercanía divina sin que haya habido peticiones previas ni sacrificios expiatorios por parte del hombre. La elección del lugar, del tiempo y de la persona son elementos mundanos que acogen y hacen palpable y visible el misterio divino en su total gratuidad.

Esta categoría existencial de la gratuidad divina comporta y evidencia gracia, celebración y alegría. Por eso el ángel saludó a María con un «¡alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo!». Aquí se demuestra que el verdadero encuentro con Dios no es triste, oscuro y tenebroso como piensan no pocos, sino alegre, luminoso y portador de humanidad. La religión, o el acto que se cree religioso, si no connota celebración y alegría es sospechoso o espurio o falso. Quien se siente verdaderamente tocado por Dios encuentra la felicidad y el gozo aunque estén mezclados de oscuridades y zozobras, de interrogantes e incertidumbres. La invitación a la alegría se encuentra en los momentos más significativos del mensaje cristiano como, por ejemplo, en el saludo a los pastores de Belén y en las apariciones del Resucitado.

Dios no es la parte oscura del hombre sino su misma luminosidad y la mejor garantía del poder celebrar gozosamente, pues la misma Trinidad es suprema felicidad. Y donde existe suprema felicidad hay suprema bondad, suprema caridad y suprema alegría (*iucunditas* lo llama San Buenaventura). Cualidades antropológicas que la Trinidad comunica cuando habita en quien le acoge. La religión cristiana es ciertamente invitación a la alegría.

El Dios de la revelación bíblica está en abierta contradicción a la acusación que, en el *Fausto* de Goethe, hace Mefistófeles a Dios cuando le dice que su estilo enfático despertaría en Él la hilaridad «si no hubiese perdido ya la costumbre de reír». Cuando un dios ha perdido la costumbre de reír ya ha envejecido, no interesa, y el hombre buscará otros devaneos para no perecer en la seriedad inhumana e insoportable. La seriedad crea distancias, provoca incomunicabilidad y nos hace antipáticos. Cualidades estas que provienen más del temor y de la sospecha que de la gracia desbordante del Dios de Jesucristo.

No nos maraville que ante el saludo excepcional del ángel la inocente joven María se llenara de estupor, de sorpresa y de sobresalto y no pudiera al menos preguntar por el sentido de la extraña e inesperada visita. María estaba si no consternada, sí confundida, pues todo aquello le resultaría incomprensible y desproporcionado. Le embargaría la temeridad sobrecedora de una posibilidad impensada. Era la agitación espiritual ante un anuncio escandaloso no en el orden ético sino en el orden ontológico. Era la abismática conmoción frente a un mensaje inaudito e inexplicable y, por ello, misterioso; si no traumatizante, sí escalofriante. Es que la propuesta de ser madre del «Hijo del Altísimo» es una especie de terremoto espiritual que conmociona y remueve los fundamentos del abismo del ser de esa joven inocente.

Inmediatamente se le garantiza la tranquilidad total porque ha sido favorecida plenamente por Dios (*llena de gracia*). Es el ángel, que anuncia el mensaje y provoca el estupor, el mismo que tranquiliza y da razones del anuncio. A veces el que más perturba es quien más tranquiliza, porque junto al pasmo del mensaje acompaña la misma razón de lo que parecía irracional e inaudito, porque ello es lo que salva. Será el Espíritu Santo quien hará el prodigio del entrelazamiento entre lo divino y lo humano y quien garantiza el misterio de la misión.

El temor y el pavor frente a Dios no suelen ser inspirados por la gracia, sino que son expresiones psicológicas de falta de sintonía y de armonía con la alteridad. Dios es y transmite serenidad. El encuentro con Dios puede producir angustia, en el sentido de poder equivocarse en las propias posibilidades. María no tenía angustia, porque ella nunca pretendió las posibilidades que el ángel le ofrecía. La angustia es una especie de sentimiento de caer en el abismo de las propias contradicciones, de las que María estaba totalmente libre. Ella, pues, sólo podía tener sorpresa, sobresalto, estupor y duda.

Pero, cuando el ángel le comunica la verdad y el contenido del mensaje, María siente rubor, no se azora ni pretende orgullosamente ser un personaje estelar e importante y mucho menos una heroína. No es de las mujeres que ante el halago se rinde fácilmente. Es demasiado humilde para caer en la precipitación del orgullo ante la propuesta. María no se envalentona por la magnitud del anuncio, pues en su inmensa sencillez se apoya más en lo que se siente ser que en la posibilidad de lo que se le dice.

Por eso duda, pregunta y pone objeciones que demuestran la madurez de esta joven virgen y el sentido de su responsabilidad personal. Es joven en edad, pero madura y adulta en responsabilidad. La duda también pertenece a la esfera de la fe, pues la fe no es ciega sino razonable, no es irracional sino un suplemento de luz. Y el dudar razonablemente es un adentrarse en las seguridades que ofrecen certezas. María, siendo profundamente humana, duda de su misma seguridad y del mensaje que le llega de quien dice ser el mensajero de Dios. La pregunta al ángel no es oposición, sino garantía de claridad para que la respuesta sea más certera y total. María no es la persona ambigua que fácilmente nada entre dos aguas confusas, sino la mujer luz que desea claridad y evidencias para *ser* y *estar* en su misión de servicio.

Dado que el ángel viene de parte de Dios, tiene respuestas para todo y, por tanto, le aclara el contenido del anuncio: ser madre del Hijo del Altísimo o del Mesías esperado y anunciado en la larga tradición de Israel. El mensaje es sobrecogedor, ante el que María queda desconcertada porque

no ve en ella las condiciones reales para ese oficio, estado o misión. Por eso sigue preguntando cómo será ello posible, porque la posibilidad del hecho entraba en contraste con las imposibilidades circunstanciales. Realmente, cuando Dios se mete en juego en la historia humana, las lógicas humanas entran en crisis y el poder divino rompe el círculo cerrado de la historia.

El espíritu humano es inmortal, pero el Espíritu Santo es infinito y «para Dios no hay nada imposible», corrobora el mensajero. No es la confesión de un voluntarismo caprichoso, sino el claro reconocimiento de la capacidad divina y que, siglos después, se recogería en el *Credo* con aquella densa expresión, aún no suficientemente tomada en serio: «Credo in unum Deum Patrem Omnipotentem». Si realmente Dios es infinito puede rebasar los límites, que a los mortales parecen imposibles, hasta presentarse como escándalo para la misma razón humana, como paradoja y como ruptura del pensar racional y honorable.

A María se le garantiza: «La fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra». Se trata de lenguaje bíblico ciertamente. Algo que a nosotros nos deja perplejos y desconcertados aunque para ella le resultara claro. Es sabido que la sombra es una metáfora en el A.T. para significar la presencia y la protección divinas. Pero eso de la *sombra del Altísimo* no deja de asombrarnos y de oscurecer o deslumbrar nuestras pobres luces mentales. ¿Cómo puede cubrir y encubrir la sombra de Dios siendo así que Dios es todo luz? Si la luz del sol es la sombra de Dios, ¿no será la sombra divina total claridad y luminosidad? No obstante estarán precisamente en esa sombra deslumbrante la garantía y el recurso luminoso de la protección de María. De esto modo la joven virgen se siente rodeada de luz y habitada por total luminosidad que la transforma en mujer-luz. Si Dios es el reino de la luminosidad, su sombra es la irradiación de la transparencia y de la claridad.

Cubierta María con la sombra luminosa de Dios, ella ve la evidencia del mensaje y comprende su propia misión. Y con la audacia y el coraje de su espíritu privilegiado responde con la más transparente y comprometida libertad: «Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí lo que has dicho». Toda la persona de María se somete libremente a la voluntad libre de Dios. Ante la omnipotencia amorosa de Dios, María ofrece su persona como disponibilidad absoluta en actitud de sierva o esclava, que no supone la pérdida de libertad, sino que es la forma suprema de respuesta libre a la llamada divina. Los psicólogos y los filósofos discuten *usque ad nauseam* sobre la contradicción existencial entre libertad y obediencia, entre servicio y señoría. Lo cierto es que María, poniéndose libre y amorosamente al servicio de

una causa que la trasciende, encuentra su misma trascendencia trascendiéndose desde la esclavitud hasta lograr el gran señorío no como dominio sino como cumplimiento libre y responsable del deber. Deber no como imperativo categórico, y mucho menos hipotético, sino como respuesta amorosa del alma bella.

Ser esclava o sierva del Señor no es rebajamiento de la dignidad ni caer en una subcategoría infrahumana, sino la elevación a una forma superior del ser personal en cuanto disponibilidad al servicio de una causa que le trasciende. Esa forma suprema de servicio o de egregia esclavitud está en total sintonía con el anonadamiento (*kénosis*) de Jesucristo. El *fiat* de María se ilumina y se comprende en su profundidad con aquellas palabras que la *Carta a los Hebreos* (10,7) pone en boca del Verbo Encarnado: «Aquí estoy para hacer tu voluntad». Y que se recoge como un imperativo irrecusable en el *Padrenuestro* al recitar: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo». Expresión programática y exigente que algunos cristianos, al rezar esa oración, se callan inteligentemente cuando llegan a esa frase vinculante y comprometedor para que la voluntad de ese Otro no limite *la propia* libertad.

El Sí de María es incondicional, escueto y definitivo. Un Sí denso, programático y respuesta de una extraordinaria mujer que representa a todo un pueblo; más, a toda una raza e, incluso, al género humano, porque ella entonces nos representaba a todos. Era un Sí lleno de esperanza y de ilusiones, pero estaba también lleno de angustias y dolores. Era un Sí que contenía las aspiraciones y los tormentos más grandes de la humanidad. El *fiat*, el Sí de María, se eleva a la categoría de suprema posibilidad y hace realidad el misterio del Dios encarnado. En ese sencillo y decidido Sí se contenía la negación de la negación del rechazo de Dios. Era la acogida gozosa a la intemperie de aquella voz, que al resonar en otros tiempos en el Paraíso perdido, Adán y Eva se dieron a la fuga escondiéndose. En ese *instante* excepcional, en el que María acepta ser madre de Jesús, el mismo Dios se humaniza y se abren las puertas para que el hombre entre en la esfera de lo divino. En ese mismo *instante* la nueva Eva representa lo mejor de la humanidad y encarna al que salvará a todos los adanes y evas errantes.

María declara su voluntad de servicio, no de poderío. En esta joven virgen es patente la voluntad de verdad sin pretensiones de voluntad de dominio. En ese *instante* fecundo de la Anunciación se nos ofrecen el pensar y el actuar divinos como dimensión de donación y de servicio. Si el Verbo encarnado se anonada y se vacía de su categoría eterna y María se hace esclava y sierva del Señor, se nos está dando una lección de la capacidad redentora del no-ser y del poder transformador de ese nihilismo cristiano,

más allá del nihilismo estoico, que tiene su máxima expresión en la renuncia al sobre-ser y a la prepotencia. Es el poder transformador de la nada como apertura al ser-todo y que San Juan de la Cruz lo concretó en la expresión lapidaria: *nada, nada, nada*.

Tal vez la noche oscura de los místicos cristianos pueda presentarse como trasfondo luminoso del abismo oscuro del nihilismo y el camino más seguro hacia la plenitud del ser. Paradójicamente está aquí la actitud desconcertante que hace dos mil años la Anunciación nos ofreció como respuesta iluminadora al orgullo prometeico del Adán y de la Eva de todas las generaciones, al mismo tiempo que indica a los mortales el hilo de Ariadna para encontrar la salida complicada del laberinto existencial.

Entonces «el ángel la dejó», no en el abandono ni en la soledad sino en la plenitud, pues ella quedó habitada, convirtiéndose en morada divina al acoger en su seno al Verbo divino, que en ella se hace Verbo encarnado. Ahora María se transforma en sagrario viviente de quien es la misma vida, y en camino de quien después dirá de sí mismo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». Madre e Hijo se encaminan en la misma dirección siendo ambos protagonistas, aunque de forma distinta, del misterio de la salvación. Si Jesucristo es el rostro humano de Dios, María es el rostro divino de lo humano, la forma excelsa de ser criatura, la apoteosis de la persona redimida. Ella encarna el humanismo de la claridad y de la transparencia, de la santidad y de la poesía, de la libertad y del servicio.

Con la retirada del ángel, se logró la sorprendente venida de Dios al mundo y el entrelazamiento entre la eternidad y la temporalidad. La paradoja ya no es ahora la contradicción de los términos, sino la convergencia y conjunción de los opuestos ópticos: que lo infinito se vista de lo finito, que lo eterno se encarne en el tiempo y que el Dios celestial ponga su morada en el mundo terrestre al hacerse criatura humana. En ese *instante* del anuncio, de gracia y de misterio, María es el lugar privilegiado de la más sorprendente paradoja, pues ella se ha convertido en convergencia de lo más antagónico en el orden del ser, del estar y del hacer. Y todo aconteció sin violencia, sin apoteosis y en el más denso silencio creador. María es la más excelsa representante del fecundo humanismo de lo nimio, pues la sencillez es la metafísica de los pobres. Aunque bien considerado, la finalidad de la existencia consiste en llegar a ser sencillo, ideal reservado a personas excepcionales.

María es «la llena de gracia», ciertamente. Pero a veces las teologías, al revestirla de tantas virtudes, que las posee todas, hacen que ese mismo revestimiento “virtuoso” impida ver, palpar y descubrir la dimensión extraordinariamente humana de *esa mujer*, a la que generalmente se la contem-

pla y admira más en clave de privilegios que en lectura de ejemplaridad humana y religiosa. A María se la presenta frecuentemente más en perspectiva ética y ascética que en visualización existencial. Y lo mismo que cierta moral reiterativa es una especie de ungüento que nos hace impermeables a la gracia (Peguy dixit), así la acumulación y el revestimiento reiterativo de virtudes nos impiden descubrir la grandeza humana del personaje-tipo, llamado María. También las virtudes pueden convertirse en máscaras que deforman el rostro verdadero.

La concepción virginal es uno de esos misterios que ponen a prueba la razón humana. La Anunciación se revela y se des-vela como la suprema manifestación de las teofanías trinitarias en la historia de la salvación. La presencia de la Trinidad en María dilató en esta joven virgen su recinto interior en espacios infinitos. De forma privilegiada y singular ella se transformó en bisagra misteriosa entre lo divino y lo humano, lo eterno y lo temporal, en tabernáculo del amor trinitario y de la Presencia divina. En ella el preexistente eterno, de naturaleza divina, se hace existencia temporal, en una naturaleza humana. Por eso esa mujer pertenece no sólo al campo religioso sino también al antropológico y ontológico, aunque las filosofías no lo contemplan en sus reflexiones inacabadas.

En María no hay nada de exagerado ni de filisteo ni de moneda falsa, pues todo eso es patrimonio de los seres excesivamente humanos. María representa el rostro luminoso de lo más egregiamente humano. Si alguien desea aproximarse a María, para conocerla, necesita que toda su alma se alargue y suba a los ojos o descienda hasta la raíz de la mirada, para que pueda vislumbrar si no la plenitud de luz, al menos su penumbra luminosa. El que se acerca a María toca a Dios, pues en ella la divinidad se hace presencia redentora.

La comunidad trinitaria se hizo presente y actuante en la persona de una joven virgen e inocente. En María se ha manifestado la «luz no ensayada» (Fr. Luis de León) y «aquel resplandor nativo» (Feijoo) que la envuelve en su desnudez suprema, con la belleza primigenia del creador. A semejanza del Cristo transfigurado en el Tabor, María se ha transformado en la persona celestial con la protección de la sombra luminosa del Altísimo. Por vez primera la Trinidad divina se abrigaba en el recóndito yo de una criatura llamada María, demostrando con ello que Dios no es un ser lejano y distanciado del hombre y del mundo sino el primoroso dador del ser, del vivir y del sobre-ser e igualmente compañero existencial del *homo viator*. Dios no es el totalmente alejado sino el totalmente cercano. Dios ha querido hacerse en cada hombre lo que el hombre le permita, como agudamente sostiene Juan Duns Escoto.

La Anunciación no es el final sino el inicio de la total disponibilidad de María a la causa de Dios y del hombre. Con ella comienza el gran retorno de la humanidad hacia Dios y se abre el camino inaugural del nuevo hombre. Con la venida del Verbo encarnado, el hombre no se convierte en Dios, pero ya no podrá estar sin Dios, porque Él forma parte de su propia definición. El hombre mismo es la capacidad de Dios e incluso su misma negación. El mensaje de la Anunciación es la expresión suprema del valor divino de lo humano y la garantía de que lo humano es apertura privilegiada a lo divino.

El Sí de María es la más excelsa afirmación de una singular mujer como expresión del más sencillo y generoso servicio por la causa de Dios y del hombre, que son, al fin y al cabo, las grandes cuestiones del humanismo real. Con su sublime sencillez humana, su inocencia creadora y su total disponibilidad a lo divino María se ha convertido en el modelo humano, que es el símbolo de lo que nos falta.

